

Julien Gracq

LAS TIERRAS DEL OCASO

Traducción del francés

Julià de Jòdar



Título original: *Les terres du couchant*

© de la obra: Éditions Corti, 2014

Publicado en 2014 por primera vez en Francia por José Corti

© del epílogo: Bernhild Boie, 2014

© de la traducción: Julià de Jòdar, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: septiembre de 2016

Este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.



Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-945277-4-6

Depósito Legal: M-30680-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

LAS TIERRAS DEL OCASO

Primera parte	9
Segunda parte.	111
EPÍLOGO DE BERNHILD BOIE	251

PRIMERA PARTE

A fin de cuentas, vivíamos bien. Cada estación aportaba sus frutos y sus placeres, y la Tierra del Ocaso no era avara. Los vicios en el gobierno del Reino eran tan antiguos y sus perjuicios, tan caprichosos en su enmarañamiento que acababan participando en los altibajos que confieren su variedad a todo espectáculo natural: si uno hacía votos por verlos «mejorar», era con el mismo candor con que se desea que el tiempo «mejore» tras el granizo o la helada. Del mismo modo que el asiduo a los pastos alpinos ha dejado de pensar en el carácter penosamente escabroso de las montañas, en Bréga-Vieil se nacía de ordinario en el seno de un paisaje social accidentado. La secreta recomendación del Reino era la ausencia completa de movimiento y la conciencia de que el hombre fija su terreno y lo labra en cuestras diez veces más duras que las que soportaría en el puente de un navío cuando este va sobre el mar.

Algunas veces, también podía suceder que el ojo reconociera, en aquella tierra pulida y fatigada por la familiaridad de tantas manos, las escaras y las cicatrices del fuego. En tales ocasiones, igual que los fantasmas abandonan los cementerios en las noches de luna llena, la

mirada del viajero dotado de un nuevo poder de resolución descubriría los termiteros de piedra de los antiguos calvarios derrocados en las hondonadas de los matorrales, semejantes a las hecatombes de las grandes cacerías, las atalayas hundidas en la espesura, los castillos de grosera arenisca ocultos en su boscosa madriguera, las pozas de sus patios adoquinados engullidos por la hierba y los enormes anillos de hierro empotrados en los muros socarrados donde se en selvaba una raza de caballos del Apocalipsis. Pero el pueblo del Reino consultaba ahora otros archivos, que se amontonaban en legajos encostrados con un légamo secular en las escribanías de los tribunales de justicia y en los registros de los provisoratos, donde los símbolos de lo que fue verdadera riqueza se amonedaban y se intercambiaban en efigie. Cuando aún me asalta el recuerdo de aquella etapa de mi actividad profesional, me parece que la vida de los habitantes del Reino transcurría en el intercambio de los signos autenticados, en su labor de compendiar partidas contables. La finalidad última del ejercicio de contabilidad residía en su oscilación: el Reino producía equilibrio incansablemente, coincidía sobre el papel consigo mismo en el rostro de su identidad.

Recuerdo, no obstante, cuán fácil y cómoda era la vida en Bréga-Vieil, al modo de una casa donde uno se ha resignado a proscribir las salas de estar. A oriente del barrio del Bourg, se elevaban sobre las gargantas del Loesna las cortinas del castillo de los Condes, que señoreaba las tejas vidriadas de la ciudad con su deslavada pigmentación

de peñascos hurtados al oleaje. Al oeste, la catedral sobrevolaba un alto mamelón, un barrio desde hacía tiempo desierto, enlazado por una cuesta suave a las planicies que circundan la ciudad. Las calles se esparcían, se estrujaban en haces sinuosos en el encabalgamiento entre las dos elevaciones, acarreado un reguero de vida opulenta, abandonando los pesados buques de piedra en su varadero sobre aquellas explanadas visitadas por el viento, donde las tardes de verano transportaban sin ruido minúsculas trombas de polvo. Hay que reconocer que aquellos lugares privilegiados se habían vuelto en Bréga-Vieil extremadamente inhóspitos con el tiempo: un barrio emparedado y hostil con sus escasas puertas estrechas, sus muros ciegos donde el calor precipitaba enjambres de moscas; a veces, una campanilla aguda en el fondo de sus jardines acerrojados, cuyos árboles despuntaban apenas por encima del muro de cierre, una partida de soldados en sus callejuelas retorcidas ascendiendo engalanada hacia el castillo o el hábito negro de un sacerdote azotando los muros gredosos como un murciélago. Cuando recuerdo la imagen de la ciudad, no me parece discernir más que una suerte de torpor que hacía refluir la vida hacia los lugares bajos. La ciudad se adormecía, maciza, amarrada por los siglos a las clavijas de sus atalayas rocosas, con su peso ciego apretujado en lo más hondo de aquel coy flácido, con un débil rumor de vísceras satisfechas y la respiración adormilada por los fuertes calores.

Me veo de nuevo, como lo hacía casi a diario, empujando la puerta de mi quinta contra el calor lechoso del verano del Reino. Un

frescor preñado de calma reinaba en ella al abrigo de los muros de torreón y de las estrechas ventanas, bajo el vuelo escaso de los arcos rebajados. Un mero enjalbegado de cal disimulaba el armazón de las bóvedas, dejando sólo a la vista los tambores de granito gris de los pilares engrapados de hierro, algo gastados a la altura del hombro por el milenario frotamiento de la riada procesal. El conjunto evocaba la concepción de una vivienda noble —capilla o residencia señorial someramente adaptada al hospedaje anónimo de un case-rón— contra el muro del fondo, una hilera de asientos de roble sobre un estrado definía el ámbito de la Cámara de los Impasibles en las sesiones de justicia. En un ángulo de la pieza, dos cortinas correderas sobre barras empotradas en el capitel de uno de los pilares aislaban una suerte de vestuario donde los jueces se cubrían con las pelucas antes de las audiencias. Por la ranura de las ventanas ojivales, más allá de la plazoleta, el ojo batía en enfilada la zanja cuesta arriba de una callejuela hasta el final de una garganta que cerraba, prominente como un espigón de glaciar, la enorme masa blanca de la catedral. El barboteo de voces vertidas en el molde de los lugares comunes proseguía con las audiencias a modo de *elemento portante* que una vez más hubiese reflatado la vieja sala, transportado su buque deslucido, calafateado contra los rumores de la calle hasta el varadero donde la marea del siguiente día volvería a elevarlo. Lo que me parece recordar hoy con más claridad es su timbre —un timbre de blanda laxitud— y aquella prisa que denotaba de

vez en cuando, con una imperceptible precipitación de la cadencia, por acudir a llenar el silencio como cuando se *gana tiempo*, en espera de que una presencia fundamental, cuyo retraso se prolonga inexplicablemente, permita al fin entrar en el meollo del debate. Las disputas por deslindes, la receta de diezmos, las indemnizaciones por evicción, las sutiles controversias a propósito del dominio directo continuaban desde luego en Bréga-Vieil, donde los bienes raíces eran principio y fin de la riqueza pública, una cuestión de sumo interés, la discusión renovada de un simple derecho de uso, una *línea de defensa* sobre la cual no existía ejemplo alguno de que no se combatiera en ella sin ánimo de retroceder. Y, sin embargo, sucedía con aquella defensa minuciosa de los derechos adquiridos que se exasperaba, bloqueando a veces durante años el proceso; algo semejante a la terquedad del comandante de una plaza sitiada, tanto más puntilloso acerca de las *satisfacciones de honor* cuanto que él ha llevado a cabo su duelo durante toda la resistencia. La boca ávida con que aquellas voces se atropellaban para llenar el silencio era la del miedo.

Me adentro aquí, bien lo sé, en una discusión delicada. A quienquiera que hubiese pretendido que el miedo reinaba en Bréga-Vieil lo habrían tachado de loco, y soy consciente de que me costaría definir aquella torpeza espiritual, aquel rasgo de ensimismado desinterés que se apoderaba de nosotros. Hay muchos modos de tener miedo, y el de Bréga-Vieil era en apariencia uno de los más benignos. No era, en momentos de calma y soledad, más que la conciencia débil y,

aun así, reacia a dejarse abolir por completo, de una leve perturbación orgánica: una impresión de sequedad en el fondo de las órbitas, una oscilación del sentido del equilibrio. Sí, me parece que quizá tenga posibilidades de hacerme entender mejor por ese lado. La tierra donde vivíamos, a medida que parecía exasperarse en ella el instinto posesivo, ya no era para nosotros tan cabalmente tranquilizadora y familiar: había en las cosas más hechas a sostenernos y servirnos, en la perspectiva cotidiana de la calle, en el dédalo familiar de los caminos rurales una suerte de retirada, de aislamiento huraño. No era el instinto de un viejo que un día le sopla al oído que no tiene «nada más que hacer en este mundo». Cuando la savia deja de ascender por ellos, los cardos abadejos que crecen en nuestras estepas se quiebran uno tras otro a ras de tierra para que el viento arrastre lejos su rebaño lanoso repleto de granos; así parecía avisarnos la tierra de que un día llegará el momento de que nos despoje y nos abandone: el desasosiego procedía de aquella sujeción cansina y de aquellas fibras del corazón rotas una a una, que ahora nos suministraban antenas para adivinar el viento que empezaba a levantarse.

No cabía que la amenaza que despuntaba muy lejos aún, allende nuestras fronteras, nos sorprendiera. Siglo tras siglo, en el último período del Reino, las oleadas invasoras se habían precipitado sobre nosotros a través de los pasos de montaña y, varias veces a lo largo de una vida humana, las trompas de cuerno habían llamado a la movilización general, cuando las espadas batían ya los muros de los pri-

meros castillos. Pero, aunque la potencia de choque de la riada arrollase los primeros diques, las tierras del ocaso siempre se comportaron frente a su encrespamiento como una enorme laguna de tranquilidad, donde la embestida del ariete de un maremoto sólo penetra por una brecha angosta. La ola se amortiguaba al desplegarse, se desmenuzaba en remolinos alrededor de los islotes de las ciudades fortificadas, expiraba en redecillas fragmentadas que desconcertaban a un país de cercados y casas de labor. Los intrusos pasaban poco a poco del destacamento del ejército a la partida de ladrones de caballos, y la cólera campesina, sorprendiéndoles de uno en uno en su sueño de evadidos al amor de los almiares, los liquidaba uno tras otro a bastonazos. Pero la ola que se transformaba, que acudía a batir una vez más los altos pasos abiertos en pleno cielo de Mont-Harbré y de la Chaise-Plane, era de naturaleza distinta. A través de los ruidos que de ellos se filtraban, más raros e imprecisos que de costumbre, como si facultades inopinadamente sordas y mudas nos hubiesen enguatado contra las malas noticias, se adivinaba que estábamos ahora frente a una cosa harto distinta de una incursión de nómadas. Lo primero que impresionaba —e incluso en algún momento pudo parecer una señal tranquilizadora— era que aquel ejército procedía con más lentitud que de costumbre, preocupado, al parecer, por organizar sus comunicaciones y asegurar sus retaguardias para una marcha de larga duración. Contaba asimismo el cuidado que se tomaba, antes de seguir avanzando, en despejar, apresar y

allanar hasta el último fortín en toda la región conquistada. En aquella progresión metódica se manifestaba una fuerza singularmente resuelta y segura de sí misma, en los espacios de silencio que crecían por doquier donde penetraba la ola, una fría voluntad de exterminio. Tras aquella lentitud, se adivinaban dos ojos fijos, que no parpadeaban jamás, y la aprehensión de una mandíbula pavorosa, que avanzaba de lado sobre su presa, a la que tenía agarrada por la cabeza, una comisura de la boca, después la otra, hasta que desaparecía el último ápice entre la baba corrosiva. Una tras otra, habíamos sabido de la caída de las ciudades que ocupaban los oasis de Angaria, la masacre de la caballería de las Marcas, seguida del progreso del invasor por el supuestamente infranqueable desierto de las Piedras Negras, hasta su instalación violenta a la vista de los pasos de montaña. Después, apenas nos llegaron noticias. Había aún en Bréga-Vieil almas optimistas para regocijarse y prever el reflujó; las restantes calculaban ya la amplitud del avance que nos revelarían las próximas nuevas ante el silencio inquietante que las precedía. Así se abría paso la colada de lava, y todo contribuía a su andadura: las noticias, que desmoralizaban, y más aún el silencio, un silencio nauseabundo como un resplandor de eclipse, en cuyo seno se oía crujir la tierra entre las mandíbulas del dragón.

No obstante, cuando los dignatarios del Reino se referían en público a la necesidad de «mantener la calma» ante el ascenso de aquellas amenazas mortales, y no perdían ocasión de elogiar la «sangre

fría ejemplar» con que el pueblo seguía el «despliegue» de las acciones ejecutadas en sus fronteras, era significativo que por una vez fueran hartos por delante de la opinión pública, cuyo control de su «sangre fría» era tal, en efecto, que aún no caía en la cuenta de que hubiese motivo alguno para dejar de conservarla. Entre las nuevas del acontecimiento y la conciencia de que en breve pudiera concernirnos a todos del modo más preocupante, había una especie de cristal. Por más que *supiéramos* que, franqueados los pasos de montaña, nada se opondría a la bajada del torrente, que podía alcanzarnos en pocas semanas, los espacios que nos separaban de él conservaban una zona de indeterminación en la que el ánimo congregaba sus cuitas donde todo aún podía ir a la deriva, embrollarse, mitigarse. La fantasía de que «aquello no iba suceder» —que el peligro daría en morir por sí solo en aquella fortificación groseramente blindada por el rechazo a pensar y prever— estaba de tal modo enraizada en las mentalidades por la pereza a considerar lo peor, que ello propiciaba rehusar incluso la discusión del punto de vista de quienes el lenguaje oficial aún designaba con benevolencia —a la espera, quizá, de formas de censura más brutales— como los «excitados». Llegados a este punto, todo impelía, cabe convenir, a persuadirnos de que era de día en plena noche. La bien manifiesta calma del Reino se convertía para nosotros en una demostración de la insignificancia del peligro. La calculada lentitud, la prudencia del agresor, el indicio de que nos hallábamos ante un adversario eminentemente «razonable» (en otras

palabras —según el lenguaje del Reino—, persuadido de que la marcha eterna del mundo y los usos juiciosos de los Estados consisten en intercambiar de vez en cuando modestas trapacerías sin importancia y prebendas de continuo), un adversario con quien no se *podía* no haber iniciado negociaciones bajo mano, por más que en realidad no se percibiera la menor señal por ninguna parte; pero era ello precisamente lo que inclinaba a los caracteres algo fantasiosos a creer que alguna cosa se estaba «cociendo». A decir verdad, el único indicio que podía dar cuerpo a semejante «cocción» era que, al ser interrogados al respecto —por supuesto, con el oscuro matiz adecuado a cuanto atañe a los secretos diplomáticos—, los dignatarios del Reino solían esbozar una sonrisa de muy alta distinción, una sonrisa brumosa y delicadamente íntima, en la que se traslucía de manera lisonjera —todo el mundo coincidía en ello— la maduración de la muy alta cultura alcanzada por el Reino; una sonrisa entreabierta a inefables armonías de una picardía paternal y de un tierno compromiso conyugal. Por consiguiente, ¿quién hubiera osado pedir pruebas?, cuando una *distensión* indecible, una bonanza tan vaga rociaba con aquella sonrisa que reconfortaba al Reino, que tenía al adversario *en el bolsillo*, no menos concretamente, no menos indiscutiblemente que un descuidero que nos birla un reloj en nuestras propias narices. Ah, sentíamos tal consideración por las astucias de los viejos pueblos que la mera sospecha de que nos *tomaran el pelo* ya era para todos nosotros como una prueba. En realidad, lo que se

estaba «cociendo», de manera más bien expeditiva —pero sólo círculos muy restringidos estaban al caso—, se reducía, al parecer, a lo siguiente: que dos emisarios encargados de las negociaciones, enviados a los puestos de avanzada enemigos, habían sido apresados sin más preámbulos y empalados en el acto a la vista de la tropa. Acerca de lo cual el Senado se había dividido en animado debate: algunos insistían con bastante firmeza para que el acta tomara nota del carácter «inquietante» (la palabra aparecía así en su redacción) de aquel rechazo; otros hacían resaltar que en estricta objetividad no correspondía al Consejo más que registrar un resultado «negativo» que no podía prejuzgar ulteriores tomas de contacto. Se dijo, incluso, que la discusión tomó por momentos un cariz casi apasionado y que uno de los partidarios de la redacción «dura» había perdido los estribos hasta expresar en voz alta sus «sombrios presentimientos» y el temor de que nos enfrentáramos, en resumidas cuentas, a «auténticas bestias». Cabe decir, sin embargo, que la mayoría tachó semejante actitud de nerviosismo, y las cavilaciones acerca de aquel recibimiento acerbo, que todo el mundo convenía por otra parte en juzgar inadmisibles, de «emocionales» y «formalistas». Los partidarios de la conciliación no tenían dificultades en oponer ventajosamente a los escandalizados que la mayor estupidez, y la mejor manera de seguirle el juego al enemigo, era juzgar a los recién llegados bajo la apariencia de sus costumbres poco civilizadas, y que no se trataba en definitiva, si se consideraba con frialdad, más que de una toma de

contacto que exigía ante todo ser «interpretada». Para algunos, incluso, a los que ciertamente se dudaba en seguir, aquella interpretación podía no tener aspectos desalentadores: en aquella manera brutal pero franca de poner de entrada las «cartas sobre la mesa» no andaban lejos de ver una voluntad, que no resultaba antipática, de no emprender desde el principio la negociación más que a fondo y, como algunos no se recataban de afirmar, de «sajar el absceso». La impresión que acabaría por prevalecer, luego que el contraste de opiniones hubo quitado hierro al incidente, fue que se había establecido un «contacto» cabal, constatación que nadie estaba en condiciones de negar, y que alcanzó cómodamente la unanimidad. El término acolchaba la primera frase del comunicado oficial, pomposo, constructivo, repleto de promesas secretas, arrastrando tras de sí como una humareda el discreto epíteto de «prematureo» que al final se había decidido añadirle y que, *a fin de cuentas*, entreabría en suma nuevas puertas, recordaba hábilmente que el tiempo arreglaba muchas cosas, por ser «caballeroso», y que, además, nunca se trató de salir del dominio de los cumplidos de la buena sociedad. Aquel «prematureo» tranquilizó a la mayoría: cambiaba los augurios; en Bréga-Vieil se entendió que el tiempo se había puesto de nuestra parte (y todos saben que el tiempo rinde). El tiempo: vale decir la facultad de ocuparse de otra cosa.

A la sazón, por mi parte, yo sacaba provecho de ello con creces. Mis ocupaciones en la Cámara del Catastro eran más variadas de lo

que me había figurado al principio, cuando estaba atado a Bréga-Vieil por la obligación de asistir a las continuas sesiones de justicia. Ahora, solía estar destinado a distritos lejanos para dirigir el registro de bienes inmobiliarios, que tenía lugar en el Reino por turnos en cada década. Aquellas operaciones no eran muy tranquilas, puesto que el trabajo era arduo, debido a la extrema división de la tierra utilizada y los conflictos vivos, pero cuando había resonado por última vez sobre las piedras la caída de la cadena de agrimensor y los ayudantes en mi presencia habían cargado con su gavilla de jalones a la espalda como lictores con sus fascas, una dignidad que me era agradable caía sobre el rostro de las pobres gentes de la tierra, gentilhombres llegados a veces desde muy lejos con sus polainas cenagosas a presentar sus respetos a la justicia, y almas curiosas que se aglomeraban siempre a nuestro alrededor en pleno campo, y se improvisaba un cortejo hasta el lugar vecino o un banquete solía sellar la clausura de aquella solemnidad de las campiñas. En ocasiones pensaba apenas con una sonrisa, mientras escuchaba distraídamente las alocuciones de bienvenida, que el *Contado-Pesado-Dividido* de un festín más célebre¹ hubiera merecido a buen seguro aparecer sobre los muros de la sala, tan incansablemente hacíamos pasar sobre aquella tierra la regla y el cordel; a seguido de esta evocación, me parecía sentir proyectarse

¹ Se refiere al *Mané, Tekel, Peres* del bíblico festín de Baltasar, último rey de Babilonia, ante el profeta Daniel (*Libro de Daniel*, 5). (Todas las notas que acompañan el texto son del traductor).

sobre mi espíritu como una sombra, y vaciaba mi copa, pues había llegado el momento de los brindis oficiales y bebíamos sin mesura y con gozo.

Aquellas excursiones campesinas siempre me causaban una impresión de remozamiento y de vivacidad. Creo que el honor del Reino residía en ello, en aquellas campiñas donde el derecho, convertido en huera abstracción en la sala de audiencias, crecía por el contrario poderosamente y se inscribía muy vivo sobre la faz de la tierra, donde teníamos linderos y litigios al alcance de la mano. Cuando se reponía en su cavidad el hito fraudulentamente desenterrado, algo resonaba limpio como un martillo que cae a plomo sobre el yunque, y pensaba que la belleza del derecho y su fuerza residían por entero en aquella materialidad. También hallábamos consuelo, tras la continua emisión de moneda falsa en que se había convertido el lenguaje de la ciudad, rehaciéndonos entre aquel pueblo del terruño para el que las palabras conservaban su frescor y su apego. En realidad, la fuerza aún fluía allí en mil arroyos a través de las chozas perdidas al fondo de los pastizales y de las quintas de las tierras comunales. Pero era una fuerza estancada y baldía, que no canalizaba ni inervaba nada, incapaz como era de sustraerse a un ciclo tan humilde como aquel.

Cuando en la conversación más ligera de aquellas postrimerías de festín, en que los vinos del Reino desataban las lenguas, hablábamos de los acontecimientos del día y a veces, oblicuamente, de la

gran amenaza, me sorprendía comprobar lo deprisa que se había encogido el horizonte mental de la gente humilde de la tierra: el alcance de la mirada ya no iba más allá de los temas aldeanos, de los procesos pendientes y de las próximas cosechas, de las disputas de deslindes y del empedrado de los caminos. A la sazón, aquel retraimiento instintivo frente a todo lo *lejano* me chocaba: sólo a raíz de ello he podido saber que la naturaleza humana es más sagaz en tanto en cuanto esté arraigada, advertida por una comunicación íntima del momento en que es útil desplegar sus hojas y sus tallos, y del momento, asimismo, en que conviene incrustarse como un grano, de convertirse en aptitud decidida para subsistir en plena noche. Llegaba el invierno, que no es tema de conversación en el lugar —se *producía*—, se instalaba en aquellos espacios agrandados por la indiferencia y el aislamiento, en aquel repliegue hacia un hogar de calor mezquino que se las ingeniaba para gastar menos.

El final de uno de aquellos desfiles de la justicia me pilló una tarde en la pequeña ciudad de Gemma. La noche era cálida y bochornosa. Había alcanzado con Hingaut la estrecha terraza que descuella sobre las murallas, donde la vista se sumergía casi a plomo en las gargantas, oscurecidas en el día oblicuo por las lanzas de sus abetales. El sol amarillo aún encendía la arena de la explanada, los cañones de bronce apoyados en las compactas murallas, las masas de tilos plateados

que la brisa del río excitaba; sobre nuestras cabezas, en lo más alto, entre el sol y el aire deslumbrante, los vencejos se perseguían entre un alboroto de gritos sobreagudos. Me había sentado con Hingaut, las piernas colgando en el vacío, sobre el parapeto inferior, una mejilla abrasada aún por la reverberación de la arena, la otra helada por el frescor del torrente, mientras de los cenadores cercanos al puente que enlazaba en lontananza, muy por debajo de nosotros, con la baba de espuma, ascendía la música ahogada de las improvisadas orquestas de domingo en los lagares de las modestas viñas.

Entretanto, anochecía poco a poco y, entre los silencios de la conversación, prestábamos oído involuntario al estruendo que ascendía más compacto y más invasivo desde la garganta. Un reflejo titilaba sobre el parapeto en la oscuridad punteada de estrellas y, al volverme sobre la explanada, observé unas lucecitas oscilantes a nuestras espaldas, que surgían una a una a la salida de una callejuela y parecían dirigirse hacia la capilla Saint Ambroise. En la noche oscura, ya no distinguía el rostro de Hingaut; la conversación había languidecido y el vaivén de los fuegos fatuos empezó a atraer mi atención. Las lucecillas seguían surgiendo una a una de la negrura, dando brincos, para volver a sumergirse a la entrada de la capilla, como si nos dirigiesen una señal casi clandestina —similares en cierto modo a esas ánimas humildes que vagan entre las tumbas— y, sin embargo, cuando lo tenías por un engaño del ojo fatigado, otra lucecilla volvía a vacilar y se destacaba de la esquina de la calle-

juela y seguía la corriente pertinaz, como una ramita que emprende el curso del agua. A una señal que dirigí a Hingaut, nos acercamos con sigilo a la capilla y pronto vimos desfilar ante nosotros una, y luego dos, y hasta tres capas negras que hacían oscilar sendas linternas al cabo del brazo. Más de cerca, las capas parecían apresurarse notablemente en la noche fría, y el fresco nocturno no justificaba por sí mismo encapucharse: algo de aquel singular ir y venir producía la sensación de una cita clandestina de más fuste y, de repente, comprendí que la talla menuda y los ágiles saltitos de casi todas las sombras debían de pertenecer a mujeres.

Por muy precavidas que se manifestaran las siluetas, el lugar era al fin y al cabo público, y nos deslizamos de inmediato dentro de la capilla, que me causó el efecto de ser baja y muy sombría. La sensación de subterráneo o más bien de catacumba, sugerida ya por la marcha de los puntitos luminosos, se reafirmaba con la humedad del lugar, el tosco aspecto de las murallas, construidas con guijarros labrados. Sí, todo era muy sombrío y, sin embargo, una impresión de espera y de vigilia atenta surgía del pisoteo que adivinabas delante de ti en aquella oscuridad de sótano. Los pasos dispersos parecían antes menos rezagados en la noche naciente que inexplicablemente *despiertos de buena mañana*, como los que se entregan antes del alba a tareas que no se te ocurre retrasar. Una vez cruzado el pórtico, no se apreciaba a primera vista más que el pequeño clavo de oro de una lamparilla fijado muy alto en la penumbra de la bóveda, pero el

reflejo de las linternas iluminaba por la izquierda la base de un pilar y nos conducía hacia el pequeño y silencioso grupo que permanecía allí apretujado, con la cabeza erguida, como una manada bajo la luna en medio del calvero.

Dos o tres linternas solitarias, dispuestas en el suelo, arrojaban un débil resplandor en aquella ala y nos fue fácil deslizarnos, sin llamar la atención, unos pasos por detrás de las siluetas. Había treinta asistentes a lo sumo, casi todos ellos en efecto mujeres: una pequeña espesura tupida y prieta en la oscuridad encarada al muro de la capilla en una actitud de extrema atención, sin más señales de vida que una eventual tos nerviosa y el temblor de las luces que agitaba sobre el muro el contorno de las sombras. El aire que se respiraba era peculiar. Se hubiera dicho que la capacidad de atención de tan prieta gavilla emanaba de ella como el hervor que asciende de los caminos ardientes en verano. Los sobrevenidos escaseaban a medida que pasaba el tiempo, el silencio se hizo absoluto, una mano lejana empujó el batiente del pórtico. Poco después advertí que había alguien delante de nosotros.

El hombre que estaba allí no sorprendía por ninguna excentricidad en su atuendo, ningún detalle exótico o raro, y no acierto demasiado a entender por qué el recuerdo que conservo de él —menos una silueta o un rostro que un cambio brusco de la luz, esa transparencia que se propaga por el aire después de un aguacero— es sobre todo el de un *viajero*. Vestía la capa blanca de los monjes-soldados

de guarnición en algunas de las fortalezas de los pasos de montaña, una capa usada, ajada por las noches a ras de tierra, de tela áspera y basta. El cinturón tachonado del que aún pendía el porta-espadas, el sólido y tosco calzado, la marca oscura del tahalí que mancillaba el hombro conservaban el blasón, la austera elegancia de las cosas que han servido larga y satisfactoriamente en el combate. El rostro abría una suerte de boquete en medio de los muros fatigados y de la oscura muchedumbre, sin belleza pero con algo más precioso que ella, tiznado por un viento llegado de más allá de todo límite.

Me parece que se dirigió a nosotros con gran torpeza y hasta con una especie de chocante timidez, que subrayaban sus ociosas repeticiones un poco al modo de un hombre a quien la experiencia ha demostrado que aún no domina una nueva lengua y que para mantener el contacto adopta ciertas palabras clave de las que sabe que por lo menos acostumbran a forzar por lo general las cerraduras. Venía de la atacada Roscharta para encontrar recursos en el Reino y abrirle los ojos ante el gran peligro. No parecía —al menos, por lo que dio a entender con una sosegada discreción y sin rastro alguno de resentimiento— haber encontrado entre las autoridades del Reino el menor apoyo, ni siquiera la simpatía más elemental hacia sus peticiones; incluso cabía llegar a la convicción ante ciertos silencios, ante ciertas omisiones significativas, que era todo lo contrario, algo que el carácter medio clandestino de la reunión, por otra parte, ya daba a entender. Así, para que el largo

viaje no fuese del todo inútil, aquel hombre se había decidido a conversar más de cerca y, casi de tú a tú, con las personas aún activas que no se habían rendido por completo. Lo que me impresionaba y me confundía era que no había pasión ni ninguna vehemencia en aquel discurso más bien monótono y cansino, harto convencional, como si hubiera puesto a la vista por mera conciencia profesional un texto cifrado destinado a quedar en letra muerta para todos. Recuerdo que insistió sobre la gran libertad de «elección» y en que nadie podía hurtarse a las razones íntimas al sopesar el envite y el riesgo, que la presente situación planteaba a cada cual, dando a entender luego, pero de un modo muy rápido y casi entre paréntesis, que «por otra parte, se ha agotado el tiempo» de la adhesión de boquilla y que cada cual debía saber que la única elección todavía en ciernes estaba entre quedarse o partir, añadiendo, esta vez sin mirar a la cara al auditorio y con una farfulla precipitada que causaba gran incomodidad, que, en cualquier caso, no se consideraban del todo inútiles las ayudas «pecuniarias» y que, por modestos que fuesen los donativos que quisieran efectuarse para ayudar a la ciudad, «al no ser todos los brazos válidos ni estar siempre las buenas voluntades disponibles», su criado los recogería. Después guardó silencio, la cabeza gacha, las manos cruzadas, sembrando la incertidumbre entre el auditorio de si el discurso había concluido. Sus ojos ausentes ya no miraban a nadie y parecían vagar por otra parte; en las comisuras de la boca caída había tristeza, pero el rostro

en especial parecía recomponerse en torno a una visión íntima, una luz perceptible; una suerte de paz.

A continuación, se produjo un incidente muy desagradable. Cuando algunos de los presentes, después de dudarlo mucho, se hubieron adelantado a depositar algunas monedas en la bolsa que el criado había colocado en silencio delante de él, el fiscal general de Gemma surgió como movido por un resorte del pequeño grupo en que se había camuflado y conminó, en nombre de la ley, a restituir al instante las ofrendas depositadas que contravenían los usos y costumbres municipales, en tanto la reunión se había efectuado sin el consentimiento previo de las autoridades. A un brusco sobresalto del criado, siguió una señal con la cabeza del hombre de la capa blanca que por segunda vez me hizo sentir incómodo. Tomó en sus manos, sin alterarse, la bolsa abierta y, despacio, con una suerte de distanciada cortesía, resarcíó uno por uno a los donantes. Cuando hubo acabado, el criado se levantó para seguirle y, con mucha calma, y también muy ostensiblemente, escupió sobre las losas. La asamblea se disolvió muy deprisa. A causa sin duda del lance con el fiscal, me pareció que había menos linternas encendidas que al llegar.

Regresamos sin decir palabra a la ciudad baja. Ayuno de emoción, sólo hallaba en mí un estado de ligereza que rozaba el aturdimiento: las piedras volaban bajo mis pies en el trayecto apresurado. Dos o tres frases pilladas al vuelo se habían inscrito en mí como si se hubiese devuelto la sal a la tierra y la noche cerrada se hubiese

hundido en un resplandor: «*La ciudadela de las tierras altas, tan altas que les falta el aire a los pulmones en la lucha*» y «*esta ciudad donde vivimos y luchamos, mejor que todas para respirar, como una rosa coronada con sus espinas*». No hubo en mí respuesta de buena gana a una petición carente a propósito de calor alguno, a tal punto había querido él que todo fuera «tomarlo o dejarlo». Sencillamente, aquellas dos frases se habían encontrado allí de repente, con sus nítidas aristas y la íntima e intensa imagen que rodeaban con una luz de aparición: la superficie amarilla de los altiplanos entre las cimas nevadas, el aire transparente en torno a las murallas y el sol como una fiesta glacial sobre la ciudad rodeada, y súbitamente todo se había deslizado hacia el desecho y las ruinas, y súbitamente no había habido más que ellas. Sentado en la cama, ante la ventana abierta al estrépito de catarata, el fresco no me calmaba, una suerte de náusea intermitente me arrojaba hacia aquel vacío estruendoso y vibrante. Sentía una opresión en la cabeza y, al mismo tiempo, una dilatación en el pecho que ni siquiera la propia noche ofrendada podía colmar. Fue entonces cuando Hingaut empujó la puerta de mi alcoba y me propuso partir.

SIGUE LEYENDO

LAS TIERRAS DEL OCASO

Julien Gracq



LAS TIERRAS DEL OCASO

Julien Gracq

Traducción de Julià de Jòdar

 NOCTURNA
EDICIONES

ISBN: 978-84-945277-4-6 | PVP: 15,00 € | A la venta: 26-09-2016

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com